

# ***Deslinde y unión de dos orillas. Una aproximación filosófica.***

---

Por *David De los Reyes\**

## **I**

Entre Latinoamérica y Europa siempre ha estado presente en su relación un diálogo y una reflexión fructífera, creativa y complementaria. Desde el primer momento se dijo que ese encuentro fue “la mayor cosa después de la creación!”<sup>1</sup>. Por mucho tiempo, y quizás desde el centro de las dos culturas, hemos visto que una no puede pensarse ni inventarse sin recurrir a la otra. Para Europa, América representó la posibilidad de seguir y expandir un proyecto de civilización, conformando con ella un eje polar inspirador de nuevas formas de vida y de nuevos roces culturales que enriquecieron una y otra orilla; bien se sabe que la utopía renacentista tiene su germen en las descripciones de los primeros viajeros occidentales hacia estas tierras y sus choques con las culturas llamadas —erróneamente— “inocentes”, con tierras que parecían contener al Paraíso descrito en el Génesis bíblico; sus nativos habitantes por su desnudez, junto con la abundancia y exuberancia de recursos, semejaban a los que vivieron en ese estadio de la felicidad cristiana o de la edad de oro descrita en las *Saturnales* de Luciano; esto hacía recordar al breve segmento temporal donde el hombre, libre de pecado e inscrito a un ambiente rico de todo, hizo su aparición sobre el mundo. Para América, siempre con un acercamiento ora de amor y de odio, ora de osadía y de temeridad hacia Europa, funda su relación en un continuo lazo de conflictiva hermandad, además de obtener la importante e inigualable herencia de tres idiomas junto a sus dialectos autóctonos y el despertar a la mayoría de edad de un estadio social a partir del tratamiento y aplicación de unos conceptos de una formas éticas de comportarse y actuar, de una tradición científica y de unas técnicas, una forma de organizarse políticamente, de un mirar estéticamente sus con-

---

\* Dr. en Filosofía, Profesor de la Escuela de Comunicación de la Universidad Central de Venezuela.

<sup>1</sup> LÓPEZ DE GOMARA, Francisco: *Historia General de las indias*, Atlas, Madrid, 1946. pág. 156.

tornos y dejarse afectar lúdica y sensiblemente por su mundo; Europa le devuelve, le regresa, pero ahora madurada y bajo la criba de un pensamiento racionalista asentado en una tradición griega y cristiana, el germen de lo utópico y los hombres americanos que lanzan un grito de separación y buscan construir sus primeras y osadas repúblicas; nuestras "repúblicas aéreas" como bien dijo la creciente voz bolivariana durante el siglo pasado. Sus deslindes, sus separaciones, como sus puntos de unión y sus vasos comunicantes, siempre han estado dentro de una dinámica cambiante y engendradora y si desde occidente se ha querido que la filosofía, la ética, la política, el derecho y la estética tuviesen un fundamento de pureza originaria y han aspirado a ser moldes y normativa trascendentales, universales, hegemónicos y cerrados, cuasi divinos, el hallazgo con Latinoamérica hizo que esas disciplinas, si querían permanecer vivas, debían aceptar el mestizaje, el truco y su maleabilidad con lo autóctono, de llegar al entendimiento con voces culturales telúricas, mágicas, volcando el enhiesto cuerpo de piedra y cruz hacia el círculo de la naturaleza envolvente y misteriosa, mágica y única, portento total.

Bien ha dicho Lezama Lima<sup>2</sup> que a la conquista europea se le debe sumar una contraconquista. En este proceso de contactos mutuos se comienza a producir un fenómeno de conversiones en sentido contrario, se asume la cultura del otro, como lo que el caso de Fray Toribio Benavente o del explorador Albar Nuñez Cabeza de Vaca, y se pasan al bando contrario; o como los desertores de Pizarro, que irían a defender la fortaleza de Vicalbamba a las órdenes del indio manco en el Perú virreinal; o de los dominicos españoles que traicionando los intereses de España, conseguirán en 1537 que el papa Paulo III promulgase las bulas *Veritas ipsa* y *Sublimis Deus*, condenando como herética la tesis sobre la irracionalidad de los indios y como pecaminoso todo empleo de esclavos.

Este encuentro fue, luego de la permanencia de siete siglos de los árabes y su paso por tierras europeas, el segundo momento que le permitió a Europa expandirse hacia una feliz intranquilidad y de mantenerse ante una mirada germinal y posible del hombre, en ella aprendió a que lo híbrido, lo mestizo, emergía con terrosa faz nativa, cuerpo de sangres cruzadas que queriendo elevar su condición han llegado a ser escuchadas dentro del concierto de las universales voces que mueven al mundo. Luego de ese primer con-

---

<sup>2</sup> LIMA, José: *El Reino de la Imagen*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1981, Pág. 369 ss.

tacto, nunca más pudieron volver a ser los mismos y la continuidad nunca se ha vuelto a deslindar y siempre han permanecido unidos Latinoamérica y Europa dentro de un enamoramiento/rechazo mutuo. Estas caras dobles y distintas de un mismo mundo es donde los hombres han alcanzado reflejar sus anhelos y sus flaquezas, espacio de encuentro cultural y espiritual, donde las miradas han buscado derrotar a lo carente y faltante de sí.

Desde la aparición de estas costas ante los ojos y consciencia del otro, no ha dejado de inspirarse el pensamiento europeo; a la vez, Latinoamérica se ha nutrido constantemente de ese intercambio, contrastando y creando su propia reflexión, bien anteponiendo su otredad o reafirmando ciertas consignas reiterativas dentro de la evolución del pensamiento occidental. Se sabe que la llegada a las arenas de América, Europa cambió todos los esquemas mentales medievales y renacentistas presentes para ese momento.

Se inició toda una polémica jurídica en relación a la justificación de las guerras y de los procedimientos de la conquista, llamado Requerimientos, bien sea desde los integrantes del cuerpo religioso o como dentro del conjunto de las figuras más representativas de la escuela iusnaturalista española.

¿Qué autores pertenecientes a la filosofía y al pensamiento modernos se acercaron a imaginar, pensar a América desde la otra orilla? Y ¿Cómo América se ha pensado frente a Europa?. Un pensamiento rico y profundo ha estado germinando sin cesar. Sólo lanzando nuestra memoria por los recuerdos de las lecturas de nuestros años de formación encontramos a Montaigne, Moro, Bodino, Erasmo, Hobbes, Victoria, Voltaire, Diderot, Rousseau, Tocqueville, Hegel, Marx, por decir algunos de los que vienen más rápido a la mente por aquello que llamó Flaubert "afinidades electiva"; en nuestro siglo estarán, entre otros, Américo Castro, Ortega y Gasset, Silvio Zabala, Rubert De Ventós, Leopoldo Zea, José M., Briceño Guerrero, Juan Nuño, por sólo decir algunos; todos ellos no dejaron de pasar bajo la mesa su reflexión en torno al importante hecho del efecto sobre las culturas encontradas. Efecto que persistió en la vida espiritual de Europa, donde la diferencia y el encuentro con el o lo otro fue iluminación, inspiración, expansión y fuente de reflexión, espacio político jurídico, estético y ético ante el cual medirían los alcances de su civilización y el sentido del progreso de sus asombradas y temerosas sociedades, asediadas por el signo de la

cruz y sus guerras de religión en el pasado y hoy, en tanto intento de comunidad total, por una mayor comprensión de esa relación permanente en donde América ha dejado ya de ser sólo un espacio geográfico para verse, anunciarse, pensarse y erguirse como un espacio espiritual con una expresión cultural propia y válida para el juego de la existencia del presente y de cara a las generaciones futuras.

Este Nuevo Mundo produjo la imagen de la felicidad perpetua en la tierra, metáfora que fue posible alcanzar bajo el mito del Buen Salvaje que surgiría de las Cartas de Colón o en la descripción que hace Pedro Martir de Anglería en su libro *De Orbe Novo* redactado en el bienio de 1493-94, cuando se obtenían en la metrópoli imperial española noticias frescas del descubrimiento junto a las esperanzas que despertaban, admitiendo una visión immaculada, aunque miope, de la inocencia humana nativa. En él dice; “soy al parecer que nuestros isleños de la Española han de ser más afortunados que nosotros, puestos que aprenden la religión, pues desnudos, sin peso ni medida, sin la mortífera pecunia, viviendo en la edad de oro, sin leyes, sin libros, se contentan con el estado de naturaleza, nada preocupados por el porvenir”. Y cuando en 1500 publica el libro tercero al referirse a Cuba escribe: “que la tierra era de todos, así como el sol y el agua, que lo mío y lo tuyo, germen de todos los males, no existía para esa gente”. Montaigne (1533-1592), en sus *Ensayos* de 1580 refrendará esta visión de Delos Caníbales al escribir que estos pueblos “son aun bárbaros porque han recibido poco amañeramiento del espíritu humano y se hallan muy próximas a su candidez original”<sup>3</sup>.

Y si bien pintores y poetas han descrito la edad de oro para fingir la condición de la felicidad humana, Montaigne no escatimará en decir que ni la misma filosofía ha podido describir ni imaginar candidez tan pura y simple como la descrita por los hombres que tuvieron la experiencia de llegar a ver tal sociedad humana “mantenerse con tan poco arte y pudor”<sup>4</sup>. También estará la expresión de la escuela del iusnaturalismo español representada por la figura del

---

<sup>3</sup> MONTAIGNE: *Ensayos*, Orbis. Barcelona, 1984. Pág. 154.

<sup>4</sup> *Ibid.*, Montaigne dirá que todo ello se aproxima a la idea de la utópica república platónica pues “no hay especie alguna de tráfico, ni conocimiento de las letras, ni ciencia de los números, ni magistrados, ni superioridad política, ni servidumbre, ni riqueza, ni pobreza, ni contratos, ni suseciones, ni partijas, ni otras ocupaciones que las descansadas, ni respeto de parentela, ni vestidos, ni agricultura, ni metales, ni vino, ni grano. Las palabras que expresan la mentira, la traición, el disimulo, la avaricia, la envidia, la difamación y el perdón son desconocidas. ¿Qué lejos de esta perfección hallaría la república que concibió! Porque allí hay hombres reciensalidos de las manos de los dioses.”

Francisco de Vitoria quien en su obra "De Indis" (1539), tendrá siempre presente a los nativos americanos, planteando la conquista como un problema de Estado a Estado, considerando a estos mismos habitantes como hombres libres, ciudadanos de Estados libres y soberanos, como si tratara con cualquiera otra nación europea de su tiempo <sup>5</sup>.

En cambio, el gallo Jean Bodino en sus Seis libros sobre la República<sup>6</sup>, escrito donde funda la teoría práctica de la monarquía centralizadora francesa, ofrece una variante. En el año de 1566 sostiene que es de dudar que los pueblos primitivos tengan una cultura y forma de organización que puedan salvar y regenerar a Europa. Bien pueda ser que los pueblos salvajes vivieran en una edad de hierro y no en una de oro, como han afirmado los cronistas y otros escritores. Para Bodino el *Mundus Novus* sólo tenía que ofrecer una basta geografía, no una historia feliz, un pasado mítico y dorado: América, como lo verá también el filósofo alemán Hegel, ofrecerá un futuro, no una nostalgia.

En el siglo XVIII encontraremos la voz del atormentado Rousseau, que en su obra, a modo de cámara de eco de la de Montaigne e inspirado en esa constante del buen salvaje, llegará a instaurar la premisa de que el hombre es bueno por naturaleza y solamente las instituciones lo han pervertido y vuelto malo. Donde en el *Contrato Social* volverá a afirmar que el hombre nace libre y por todas partes se encuentra encadenado. Para argumentar esto se tendrá presente la imagen de la felicidad nativa que emana de la crónica de los viajeros de Indias; y del encuentro de los dos mundos hará, como ya dijimos, cambiar todos los esquemas mentales de la vieja Europa. De tal forma que sus escritos son inspiración para la Revolución Francesa en el siglo XVIII y de los movimientos independentistas de Hispanoamérica en el siglo pasado.

## II

¿Cómo nos vieron en el siglo XIX? ¿Cómo pensó, por ejemplo, Hegel al Nuevo Mundo?. Para él la filosofía de la historia vendrá a ser, por sobre todo, una explicación racional de la existencia que indaga el sentido y el devenir de lo universal y concreto de los acontecimientos.

---

<sup>5</sup> DE VITORIA, Francisco: *Obras*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1960 pág. 817s.s.

<sup>6</sup> BODINO, Jean: *Los seis libros de la República*, Tecnos, Madrid, 1990.

tecimientos humanos, de cómo se despliega la idea de la libertad racional en la historia por medio de la acción del hombre. Su acercamiento a esta orilla continental no es nada alentadora y si muy eurocéntrica. Habla de la crisis de la cultura, propia de estas tierras al tener el choque de la conquista; inscribe para ello un concepto clave con el cual designará al estadio de ésta misma. Nos dice que “se trataba de una cultura natural, que había de perecer tan pronto como el espíritu se acercara a ella”. Para el momento de la reflexión hegeliana era una cultura que aún no había encontrado, ni desarrollado, ni reconocido su propio carácter civilizador y universal aunado a la razón; el hombre se hallaba, aparentemente, atado al estadio de lo natural, sin llegar a ser depositario de una fuerte cultura social; pero también sin percatarse ni aceptar la condición del mercantilismo cristiano europeo la posibilidad de poder existir otras organizaciones sociales y otras culturas que no les interesara presentarse nunca como hegemónicas y dominantes ante el mundo y la naturaleza, o como las únicas elegidas para la expansión de una cuestionada verdad revelada divina, sino sociedades tribales que mantenían una relación cooperadora con esa exótica pero frágil naturaleza americana.

Frente a esa visión naturalista hegeliana nos encontramos que, sin embargo, la naturaleza americana seguirá siendo, por mucho tiempo, el punto de atracción, de búsqueda de espacios para fundar nuevas vidas, o de esperanzas para el emigrante y hallazgos de riquezas enterradas en las profundidades de las entrañas de ella; hoy, la ven como uno de los últimos refugios terráqueos depositarios de riquezas primas, pulmón verde del planeta y de bancos genéticos para la aventura científica del siglo XXI, además de propiciar la apertura para la creación de la imaginación estética y política europea volviéndola díscola y disconforme con ella misma, independientemente que seamos el continente de la injusticia y violencia social constante.

Pero nuestro verde —y no dorado— pasado hizo que el hombre americano fuese pensado, por mucho tiempo, desprendido de la historia, sin ancestros, por un lado y por otro, libre de manchas nefastas, en la serenidad de un tiempo mítico.

Ante un mundo anclado en la naturaleza virginal americana se tiene el contraste, la mirada y la consciencia de la naturaleza del Viejo Mundo. ¿Cómo era —y cómo es hoy— esa naturaleza europea? Una naturaleza regateada, avara en sus repartos y dádivas,

dividida en estaciones y beneficiando sólo a los previsores, a los diligentes, a los pacientes que, a diferencia de la naturaleza encontrada y presente en América, que se llegaba a entregar en inmediata plenitud y sin la dura necesidad —que era señal de imperfección para la mitología propia del mundo cristiano— de tener que apelar al trabajo recio y a la industriosa inventiva de los hombres. ¿Cómo fue la impresión del forastero del siglo XVI —y quizás hasta nuestros días— ante el nombrado paraíso americano? Éxtasis ante la vegetación siempre verde, el colorido, variedad y exotismo de la fauna, la bondad del aire, la constancia del clima —¿monotonía benéfica, podemos decir quizás?—, la simplicidad y la inocencia de las gentes, etc. Ella, la naturaleza, se emparentó con la imagen de la edad dorada de la historia bíblica de los primeros días de la Creación, donde todo estaba tocado por el don de Dios; no se sentía la obra del labrador, del cosechador o del molinero.

Además de lo anterior, Latinoamérica fue el piso para el desarrollo de investigaciones y creaciones científicas. Si bien se completó la imagen del mundo medieval incompleto y tolo méicamente chato y plano en el siglo XV, en el siguiente se pasó a comprobar e inspirar la explicación del mundo y del universo según las nuevas lecturas matemáticas del orden celeste y terrestre realizadas por Copérnico y Galileo. En el siglo XIX vendría a aparecer la teoría de la evolución de las especies y de la geografía de las plantas y de los seres vivos gracia a la visita y exploración americana de Humbolt y Darwin. Ello cambió toda la concepción tradicional del fenómeno de la vida del planeta. Como bien lo han señalado en distintas ocasiones los enciclopédicos escritores German Arciniegas<sup>7</sup> y Arturo Uslar Prieti<sup>8</sup> que al tocar estas tierras trayendo todo un arsenal científico en sus mentes, Humbolt en el trópico americano y Darwin en la tierra del fuego y en la isla de los Galápagos, pudieron vislumbrar los sistemas de propagación de la vida que habían permanecido hasta entonces ocultos para los sabios del Viejo Mundo.

Pero la visión etnocentrista de Hegel no dejó por ello de dar opiniones certeras ante el vasto espacio que pretende abarcar su dialéctico análisis. América acuna dos formas políticas, éticas y hasta estéticas desde el punto de vista de su conquista. El norte es visto como territorio de prosperidad, estadio cultural basado en el crecimiento de la industria y de la población, en un orden civil

---

<sup>7</sup> ARCINIEGAS, Germán: *El Continente de los siete colores*, Sudamericana. Argentina. 1964.

<sup>8</sup> USLAR PIETRI, Arturo: *Medio Milenio de Venezuela*, Lagoven. Caracas. 1986. Pág. 133.

federativo y en el libre comercio. Federación que se constituye en un solo Estado centralizado. Respecto a las repúblicas suramericanas su estambre político se tiñe de otros rigores. Todas ellas se basan en el poder militar, estando su historia sembrada de una constante revolución y crisis civil y social. Los tiempos han demostrado que Hegel en ello no ha dejado de tener cierta razón y lo militar y las guerras civiles siempre han estado acobijando cercanamente nuestras vidas. Hegel lo dice así: "Estados que estaban antes federados se separan, otros que estaban desunidos se reúnen, y todos estos cambios vienen traídos por revoluciones militares"<sup>9</sup>. Lo sorprendente de esta frase es que la constante en la historia de América latina esté en ese carácter militarista arraigado en sus hombres y en la fe ciega que se ha puesto más en el voluntarismo y mesianismo del líder elegido que en sus propias instituciones; en Venezuela ciertos intelectuales hablarán del Gendarme Necesario. Y es ahí de donde brota, posiblemente, una constante figura personalista, caudillesca, respecto al sentido de lo político, un autoritarismo dentro de lo ético y un populismo cultural estético sembrado en lo heroico y bélico que encuentra un cauce hegemónico y constante dentro de nuestras perspectivas latinoamericanas desde los comienzos de la "revoluciones militares", ¿Es ese el rasgo constante? ¿Es la persistencia de una sociedad aunada al sentir militarista dentro de cualquier marco de referencia político lo que lo significa, y da sentido a toda una órbita discursiva, simbólica y pragmática para nuestros países? Hegel así lo prefiguró en su pensamiento y pareciera que sólo hoy podemos pequeñamente tener una esperanza de tomar rumbos más pacíficos y tolerantes, más creativos y menos destructivos, que los elegidos hasta la senda que nos ha traído hasta acá. ¿Será a ello, a este arquetipo mítico, que se deba nuestro lento mejoramiento dentro de nuestras sociedades?

Pues, sí se compara la obra realizada en el Norte respecto a la hecha en el Sur, ésta no tuvo comparación con aquella. Para el siglo XVI en Latinoamérica se crean universidades y bibliotecas, similares a las europeas del momento, de donde surgirán una pléyade de cronistas, historiadores, artistas indianos y una excelente poesía colonial. Se comienza una arquitectura novohispana, cuyo barroquismo de piedra se ha perpetuado en Catedrales, Cabildos, Audiencias y Palacios virreinales, pasando a formar parte del acer-

---

<sup>9</sup> HEGEL, G:W.F.: *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, Alianza, 1980, pág. 169-177.

vo monumental de la humanidad. Además de haber tenido un excelente soporte jurídico-político acorde a su importancia. La monarquía instaura todo un cuerpo administrativo gubernamental, siendo pionera en la organización burocrática del Estado, lo cual es mostrado plenamente por la prolijidad del Archivo de Indias de Sevilla o el de Simancas. Como notamos, Latinoamérica, del siglo XVI al XVIII cuenta con todos los rasgos que presagian la modernidad <sup>10</sup>. Mas, ¿qué pasó en la América de arriba? El Norte apenas contaba con signos rudimentarios de civilización, construcciones de madera y su administración quedaba reducida a cuentas de pérdidas y ganancias de compañías mercantiles; los territorios son conformados bajo un régimen de factoría más que de organización político-jurídico. La respuesta de ese enigma puede que esté en esa figura persistente y obsesiva del voluntarismo y del provincialismo del caudillo en nuestros pueblos.

Además de lo señalado atrás, la visión dialéctica de Hegel plantea otras perspectivas para reconocernos en nuestro tiempo. Y muestra cómo los criollos, descendientes de los emigrantes españoles, continuaron exhibiendo la misma arrogancia y aplastando bajo su orgullo a los indígenas. Hombres que se sintieron impulsados por la influencia de la estirpe europea; su vanidad les hizo solicitar títulos y grados. Ello trajo para el pueblo el peso de la jerarquía, de la constancia obsesiva de la limpieza de sangre, para aspirar a cargos públicos o hasta para ingresar a universidades, ello aunado al desenfreno de los clérigos seculares y regulares <sup>11</sup>. De ahí Hegel planteará la necesidad de que el espíritu americano debía ahora orientarse hacia la tan nombrada moderna razón y su acompañante libertad.

El protestante Hegel hace otra diferencia importante respecto a la religión. Él observa que la América anglosajona por estar colonizados por una diversidad de sectas que buscaban en estas tierras la libertad religiosa (como lo hicieron los fanáticos puritanos, episcopales, anabaptistas, evangélicos, etc.) éstos se dedicarían a la formación de un mundo basado en el respeto a la propiedad y la libertad individual, junto al trabajo industrial y la agricultura, en el cultivo del tabaco y del algodón y no en el afán desmedido de minerales nobles, como lo fue antes, o en la explotación petrolífera, como lo es ahora en nuestras tierras. Ello aunado con la tendencia al trabajo organizado, junto con el tejido de las necesidades, la li-

---

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> *Ibid.*

bertad y el procomún, basado en el individuo, que hizo posible construir un Estado como simple protector exterior de la propiedad. Es por ello, que este individualismo protestante religioso es significativo para Hegel, pues estos acuerdos hicieron más fuerte la instauración de la confianza mutua, ya que la idea de la libertad del individuo está alejada de su concepción y los profanos son dominados por el poder violento y la sumisión voluntaria, junto a la pobreza de la orgullosa condición del hidalguismo castellano, volviendo a las constituciones republicanas sólo un recurso que nunca protegió contra la desconfianza mutua instaurada en el centro de la conciencia del latinoamericano.

Hegel diferencia así los dos espíritus que se establecieron en el Norte y en el Sur de América. Al carecer esta última de ese espíritu industrial anglosajón se perdería, igualmente, el principio de la individualidad; “la inteligencia individual se forma en la industria y domina con ella”<sup>12</sup>, dirá Hegel, planteando una coherencia religiosa entre la conformación de los Estados, “los estados se han dado la forma correpondiente a las distintas religiones”. Como no eran para el siglo XIX estados completamente formados y cerrados, constituidos e independientes, para Hegel no conforman una mayor cosa, sólo presentan un interés de relación externa con Europa, lo cual hoy ya no es, pensamos, así para el viejo Mundo. Hegel nos tomó como un anejo europeo que recogía a su población sobrante; aquí en estas tierras de gracia encontrará asilo todo aquel que no halló un lugar social en la otra orilla continental.

A pesar de todo esto no dejaba de ver, al igual que Bodino, que América era el mundo del porvenir. Y esto lo matizaba con la importancia histórica, presente hoy por múltiple vías y acciones, de la lucha y el antagonismo, la indiferencia y el abandono, por distintas manifestaciones, formas y expresiones, entre las dos Américas, la del Norte y la del Sur. Y sus palabras finales en sus lecciones sobre la Filosofía de la Historia, por su forma de pensarnos, no dejan de ser elocuentes: “Es un territorio de nostalgia para todos los que están hastiados del museo histórico de la vieja Europa. Se asegura que Napoleón dijo: *Cette vieille Europe m’ennuie* (“Esta vieja Europa me aburre”). América debe apartarse del suelo en que, hasta hoy, se ha desarrollado la historia universal. Lo que hasta ahora acontece aquí no es más que el eco del viejo mundo y el reflejo de ajena vida. Mas como continente del porvenir, Améri-

---

<sup>12</sup> *Ibid.*

ca no nos interesa, pues el filósofo no hace profecías. En el aspecto de la historia tenemos que habérmolas con lo que ha sido y con lo que es. En la filosofía, empero, con aquello que no sólo ha sido y no sólo será, sino es y será eterno: la razón”<sup>13</sup>.

¿Cómo finalizamos este pequeño inventario del pensamiento europeo hacia América? Sabemos que el futuro no puede apartar a Europa de América ni ésta de aquella. Ambas tienen suelos espirituales comunes, valores conformadores que dan vida al presente y se suscriben en el porvenir. Como bien podemos comprender hoy, en un mundo que mira hacia una multipolaridad comunicacional, no hay una cultura absoluta y central, como tampoco hay una política absoluta —aunque bien pudiera quedar reducida la cultura y la política a ese incesante electrónico titileo virtual de lo mediático. Pero bien conocemos que lo que existe y está en juego es la presencia de muchas culturas —muchas “verdades” — que se manifiestan a través de distintos canales políticos. Si bien está planteado el mantener nuestros rasgos particulares, regionales, “orilleros”, los latinoamericanos al mismo tiempo, tendrán que aprender a convivir con ese otro ser cosmopolita y occidental, poniéndose a prueba constantemente en el encuentro con la diferencia, con lo otro, en el desafío con lo que no somos. Lo contrario, querer persistir en ser una identidad aislada, pura e incontaminada, rechazar la hibridación, el mestizaje, la mezcla, nos conduce a la separación y a la prematura muerte. Si nos quedamos aislados terminaremos siendo una cultura para el exhibicionismo folklórico. El riesgo es lo que debemos asumir, para ello es que tenemos que prepararnos, formarnos, educarnos, comunicarnos; todo de cara a la confrontación y sólo así es que podremos arrancar nuestra presente debilidad temporal. Weber habló de un politeísmo de los valores, de los valores de la sociedad civil, que son centrífugos, descentralizantes, creativos, de donde deslindamos de cara a nosotros un amplio politeísmo de culturas vivas, organizadas y válidas dentro de un mundo multipolar. Culturas que sin su diversidad presente el mundo deja de ser completo y falla en algo. Sólo pensándonos así tenemos futuro.

Como bien lo dijo el mexicano Alfonso Reyes, América fue primero un sueño, un invento, una necesidad del hombre europeo y sólo el encuentro de aquellas dos orillas, junto a la consciencia de su deslinde y de sus múltiples vínculos, nos demuestra que sólo

---

13 *Ibid.*, pág. 177.

hallamos aquello que primeramente hemos deseado. De ahí el peligro y la posibilidad de saber desear lo que queremos seguir siendo.